

mundo. Así se inundó la Europa de traducciones y de comentarios de los autores paganos. No hay uno siquiera de esos autores, aun los más ineptos, aun los más frívolos y los más obscenos, que no haya tenido uno ó muchos traductores. Las traducciones de Virgilio y de Horacio, en prosa y en verso, en italiano y en frances, formarian por sí solas una vasta biblioteca. Notas, explicaciones, interpretaciones, glosas, nada ha faltado en ellas. Se ha comentado hasta la última palabra, hasta la última sílaba de ellas, con la escrupulosa exactitud de los comentadores de la Biblia, y que sería ridícula, si no fuese odiosa. Y esto se ha hecho, según se decía, por interés de la bella latinidad, que, con unos trabajos tan grandes y tan multiplicados, ni aun siquiera han tenido la suerte de conservar, porque nada es ménos conocido hoy que esa *bella latinidad*, aun cuando se haga pasar al hombre ocho años dedicado á este estudio: y entre los protectores más afectos y los panegiristas más fanáticos de la latinidad pagana, apenas se encuentra un corto número de ellos que se atreva á escribir en latin, por temor de que le apedreen. De modo que, dejando las cosas seguir su curso, *la bella latinidad* va á morir muy pronto, y no se ha de encontrar quien pueda formar en buen latin su epitafio.

Hablando San Agustin de los judíos, dijo: «Ellos temieron perder los bienes temporales, y por esto no quisieron reconocer á Jesucristo ó la vida eterna, y acabaron por perder la vida eterna y no conservaron sus bienes temporales.» Lo mismo ha sucedido á los pueblos de la Europa moderna. Engañados por unos maestros no tan malos como aturdidos, se han extasiado ante las bellezas y la elegancia de la latinidad pagana; ellos se han hecho fanáticos adoradores de ella; ellos han exigido que la juventud hiciese de ella su primer estudio, el primer alimento de su inteligencia, el primer estímulo de su corazón, y no han considerado que este estudio debía ahogar en los corazones de los jóvenes todo sentimiento piadoso, todo afecto á la verdadera devoción, todo interés y todo gusto por las cosas religiosas, para hacerse hombres del siglo presente, siendo así que el cristiano, como dice Tertuliano, es el hombre del siglo futuro. Ellos no han pensado siquiera que, por causa de este estudio, el espíritu de los jóvenes consagraria toda su estimación, toda su admiración y todo su entusiasmo á los hombres y á las cosas del paganismo, y por consiguiente, miraria con indiferencia

y con desprecio los hombres y las cosas del Cristianismo; ellos no han reflexionado que este estudio impediria que la religion fuese bien conocida, que echase profundas raíces en el alma, que la cautivase y la poseyese. Con la vista fija en las ventajas literarias de sus hijos, se han cuidado poco de sus ventajas religiosas; ellos han querido hacer de sus hijos grandes latinos, con peligro de hacerlos incrédulos; pues bien, por un justo castigo de Dios, los han hecho incrédulos y no han conseguido hacerlos grandes latinos; ellos han perdido el sentimiento y el gusto de la religion cristiana, y no han conservado el sentimiento y el gusto de la latinidad pagana. *Et sic utrumque amiserunt!* Esto es bastante para conocer la necesidad de dar á las mujeres una fe ilustrada por una instruccion sólida de la religion. Ahora diremos algo relativo al espíritu de castidad, que debe servir de base á su abnegacion.

§ II.—La mujer católica ha sido grande, en las diferentes épocas de la Iglesia, porque ha sido casta.—Pruebas de que la mujer no es caritativa sino en cuanto que es pura.—Al perder la mujer la castidad, pierde la sensibilidad.—La mujer extraviada no ama más que á su persona, y se hace cruel con todos los demas.—Herodiades, Teodora, Antonina, Fredegonda, Isabel de Inglaterra y Catalina de Rusia fueron unos monstruos de crueldad, porque fueron tambien unos monstruos de libertinaje.

El lector que ha recorrido la segunda parte de esta obra ha asistido á un grande y delicioso espectáculo: al espectáculo de la abnegacion absoluta, de la adhesion sublime de la mujer católica á la verdadera religion y á la felicidad de los demas. Tambien habrá podido observar que en todas las épocas del Catolicismo las mujeres que más se señalaron por los prodigios de su abnegacion se señalaron tambien por los prodigios de su pureza. Todas las santas mártires, ántes de consagrarse á la religion de Jesucristo, hasta derramar su sangre y hasta sufrir la muerte, se habian consagrado á ella por su renuncia del matrimonio ó por la observancia de la castidad más perfecta en el matrimonio mismo. Lo mismo puede decirse de las nobles vírgenes, de las ilustres matronas, de las admirables reinas, de las santas religiosas que en las épocas siguientes se consagraron con tanta generosidad á la obra de afirmar y propagar la religion y la piedad, y de proporcionar la felicidad de

los pueblos; esos serafines del amor de Dios y de los hombres, esos ángeles de caridad, fueron al mismo tiempo ángeles de pudor. La Edad Media en particular, esa edad de la consagración de las mujeres á los progresos de la fe y á las necesidades de la humanidad, fué también la edad en que la profesión de la santa virginidad, aún en el matrimonio mismo, fué más común y más popular. En efecto, la mujer es tanto más afectuosa y más tierna, cuanto es más pura, y la abnegación sólo germina y crece en su corazón á la sombra del lirio de la virginidad. ¿Hay en el mundo una cosa más admirable ni más incomprensible que la abnegación, por ejemplo, de las *hermanas de caridad*, en el cuidado que ellas tienen y en la asistencia que consagran á los enfermos y á los niños de los pobres, con una constancia que nada fatiga, que nada cansa, que nada acobarda, con un olvido perfecto de sí mismas, que no desmienten jamás ni aún en presencia de la muerte? ¡Ah! El amor mismo de la madre, el más fuerte, el más enérgico, el más vehemente, el más intrépido de todos los amores, según la Naturaleza, se oscurece en presencia del amor de estas madres improvisadas por la gracia y por la caridad. Porque, en fin, si la madre se ofrece aún á la misma muerte por sus hijos, estos hijos son los frutos de sus entrañas, son una porción de sí misma, son en cierto modo ella misma, que se reproduce y vive con una nueva vida en sus hijos; mientras que estas heroínas de la caridad se ofrecen por unos seres que les son tan extraños por los vínculos de la sangre y de la naturaleza, como por los de la nacionalidad y aún de la religión, y cuyas enfermedades ó cuyas desgracias son los únicos títulos que los recomiendan á su sensibilidad. Pero este misterio deja de serlo cuando se tiene presente que estas admirables criaturas son unas vírgenes consagradas por una obligación terrible á la profesión de la pureza más severa del cuerpo, lo mismo que del espíritu y del corazón; que éstos son unos espejos sin mancha: *Speculum sine macula, soror mea (Cant.)*; que absorben en toda su plenitud los rayos del sol del amor de Dios, y los reflejan en un inmenso amor á la humanidad. Se puede hacer de una mujer casada una mujer caritativa, pero jamás se hará de ella una hermana de caridad. La perfección, lo sublime de la caridad sólo puede nacer en un corazón en que se halle la perfección y lo sublime de la pureza. Desde que una Virgen dió al mundo al Redentor de los hombres, sólo pertenece á la mujer

pura, á la mujer virgen, dispensar á los hombres los tesoros de la caridad de Dios.

Si quereis convencerlos más y más de que la sensibilidad del corazón, la ternura, el amor y la caridad se hallan en la mujer en razón directa de su pureza, estudiadla en el seno de la familia, y veréis que la esposa más amante de su marido es la que le es más fiel, que la madre más amante de sus hijos es la que es más casta; que la hermana que ama á sus hermanos con un amor sin límites, y que la tía que ama á sus sobrinos más que si fuesen sus hijos, es la que ha renunciado al matrimonio para vivir en la santa virginidad. Estas vírgenes de la familia son las que tienen para con la familia una sensibilidad exquisita, y se imponen las mayores privaciones para hacer su felicidad. Pero desde el momento en que la mujer comienza á relajarse y pierde la severidad de sus costumbres, las mismas manchas que alteran su pureza adormecen su sensibilidad y acaban por extinguirla. Cosa extraña, pero cierta: al dejar su corazón de ser puro, deja de amar; aún la madre misma está sujeta á esta ley. El amor materno, ese amor que es á prueba de todo, que lo vence todo, que resiste á todo, que triunfa de todo, aún de la muerte misma; ese mismo amor se debilita y se extingue del todo en la madre que lleva su corazón fuera del matrimonio. La madre infiel á su marido acaba por no amar á sus propios hijos, que son una duplicación de su propio ser. La prueba de esto es la facilidad con que se olvida de su educación, malgasta su patrimonio y se olvida totalmente de su porvenir y de su felicidad. Y dichosos hijos, si esta madre extraviada no los aborrece como una pesada carga, cuando ántes formaban sus delicias, y no los sacrifica al deseo de verse libre y al furor de su pasión. Los estadistas de los crímenes afirman que el infanticidio no es otra cosa que un horrible pensamiento que la impureza hace nacer en el corazón de la mujer, y la obra de sus manos, más bien que el pensamiento y la obra del padre.

Y no hablemos de los arrebatos violentos que algunas veces se ven fuera del matrimonio y á despecho del matrimonio; esos arrebatos de una pasión ciega, á los que se ha prostituido el nombre sagrado del amor, todo son menos amor. El amor verdadero no es otra cosa que el gozo que siente el alma en la felicidad de otros: *Gaudium ob felicitatem alterius*. El corazón sale en cierto modo de sí

mismo para espaciarse sobre los demas, y hace de la felicidad de otros su propia felicidad; y de aquí nace la abnegacion, que es una consecuencia necesaria y una prueba de él. Mas en el corazon de una mujer que ama á alguna persona, fuera de las leyes del pudor, nada hay semejante á esto. Semejante mujer, léjos de sacrificarlo todo á la felicidad de aquel á quien llama su amigo, lo impele por el contrario hácia todo lo que puede causar su desgracia en este mundo y en el otro; porque, en efecto, por serle agradable, por satisfacer sus caprichos y sus locuras, se arruina el jóven y compromete todo su porvenir, y el hombre casado aborrece á su mujer, despoja á sus hijos, olvida sus deberes, descuida sus negocios, mancha su reputacion, deteriora su salud y arriesga su vida. Pues bien, amar á un hombre de este modo, arrebatándole, con la paz del alma, toda la felicidad doméstica, degradándole y perdiéndole ante Dios y ante los hombres, es detestarle. El ódio más furioso no podria serle más funesto que semejante amor. Esto consiste en que semejante mujer sólo ama en este hombre el medio de contentarse á sí misma, sólo se ama á sí misma, y todo lo que aparenta hacer por interes de su pretendido amigo, lo hace únicamente por su propio interes. Este amigo no es un objeto á que ella se consagra, sino una víctima que ella sacrifica á su sensualismo, á su avaricia ó á su vanidad, pero que de ninguna manera ama. Es necesario, pues, colocar á semejante mujer entre esos seres humanos sobre los que San Pablo derramaba lágrimas de dolor, porque eran gentes extrañas á toda afecion: *Gentes sine affectione*.

La mujer es un sér muy singular: ella es poderosa y débil, sublime y baja, apasionada y feroz, compasiva y cruel: ella es capaz de sufrirlo todo y de emprenderlo todo. Ella es, como dijimos al principio, lo mejor y al mismo tiempo lo peor, lo más horrible y lo más funesto que hay en la humanidad; ella es un ángel ó un demonio, es una criatura admirable ó un monstruo. Pero, sépase bien, y sépalo, sobre todo, la mujer misma: ella es una ú otra de estas dos cosas, opuesta ó contradictoria, segun que es casta ó libertina. Cuando permenece fiel á la castidad, tiene una dignidad y una grandeza que pertenece exclusivamente á ella. Esta sola virtud le da un nuevo sér, la reviste de un carácter augusto y casi divino, que le atrae los homenajes de todos, y le concilia una estimacion mezclada de respeto. Cuando ella es pura, su corazon se

eleva, se ennoblece, se abre á todas las emociones de la ternura, á todos los movimientos de la compasion y abraza todos los intereses de la caridad. Mas desde el momento en que se separa de la pureza, todo se altera en ella, todo en ella se deteriora y toma una direccion contraria. El sér más amable de la Naturaleza se hace feroz; su corazon se cierra á todos los sentimientos tiernos y á todas las emociones delicadas, para abrirse y entregarse á todos los arrebatos del ódio, á todos los impulsos de la venganza y á todo el furor de los celos. Nada es ya respetable, nada es ya sagrado para ella; ella no retrocede ante ningun exceso, y si para satisfacer su pasion necesita sacrificar á su marido y á sus hijos, á sus parientes y á su familia, su ventura y su conciencia, su Dios, su alma y su eternidad, ella no vacila, ella pasa por encima de todo, nada le intimida, nada le detiene. De modo que puede decirse que para la mujer no hay más que un solo vicio y una sola virtud; porque cuando ella es casta, posee todas las virtudes, y cuando es impura, es el conjunto de todos los vicios. La castidad es para ella esa verdadera y única sabiduria que, segun los libros santos, le lleva todos los bienes y la eleva á todas las grandezas: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa (Sap.)*; mientras que la impureza es para ella ese enemigo despiadado que, segun los mismos sagrados libros, le quita cuanto hay en ella de más amable y de más precioso, y no le deja más que el crimen, la degradacion y la infamia: *Manum suam misit hostis ad omnia desiderabilia ejus. (Thren.)*

El mismo vicio produce en los dos sexos efectos diferentes. El hombre que se entrega á los excesos se hace cobarde, estúpido é insensible; mas la mujer que sigue el mismo camino, se hace, por el contrario, astuta, emprendedora y feroz; y lo que hace del hombre un jumento estúpido: *Comparatus est jumentis insipientibus (Psal.)*, convierte á la mujer en un tigre cruel, en una serpiente: *Commorari placuit cum dracone quam cum muliere nequam. (Ecc., 25.)*

Acordémonos de Heriodades y de Heródes: con el corazon inflamado por una llama incestuosa, y no respirando más que voluptuosidad, eran los dos unos monstruos de libertinaje; mas con respecto á San Juan Bautista, el hombre, Heródes, sólo fué un monstruo de debilidad; mientras que la mujer, Heriodades, fué un monstruo de crueldad. Heródes, á pesar de sus vicios, consideraba y estimaba á San Juan, y aún le tenía un respeto reverencial, por

su justicia y su santidad: *Metuebat Joannem sciens eum justum et sanctum* (Marc.); y le escuchaba con gusto, aún en los casos que el Profeta le echaba en cara el escándalo de su conducta y los abusos de su gobierno: *Libenter eum audiebat* (Ibid.); recibía con humildad sus exhortaciones y procuraba casi siempre ponerlas en ejecución: *Eo audito, multa faciebat*. (Ibid.) Si le hizo primero aprisionar, fué á su pesar, con mucho disgusto suyo, y cediendo á los importunos ruegos de la feroz Herodiades, que temía que, permaneciendo San Juan libre para frecuentar el palacio, acabase por arrancar de sus garras el corazón del Rey, que ella tiranizaba: *Misit eum in carcerem propter Herodiadem*. (Ibid.) Pero la prision del justo no le satisfizo completamente. San Juan Bautista vivo era siempre un motivo de alarma para sus culpables amores. Ella le sentenció, por consiguiente, á muerte: ella le ponía asechanzas, que Heródes, por un resto de pudor religioso, conseguía siempre deshacer: *Insi- diabatur illi et volebat occidere eum, nec poterat; Herodes enim metuebat Joannem*. (Ibid.) Así, pues, Heródes y Herodiades estaban sumergidos en los mismos desórdenes, eran culpables del mismo crimen, oían las mismas reconvenções, y sin embargo, Heródes se humillaba y aún humedecía con algunas lágrimas las cadenas de sus malas hábitos, mientras que Herodiades se hacía más perversa, y sólo ansiaba la muerte del santo precursor del Mesías. Un día que en las orgías á que se entregan en los santuarios de la monarquía cuando éstos se convierten en asilo del libertinaje, celebraba Heródes la fiesta de sus cumpleaños, la hija de Herodiades consigue agradaarle por las gracias de su voluptuoso baile que ella había aprendido en la escuela de su madre. El Rey ofrece darle todo cuanto le pida en recompensa de haberle complacido tanto, *Pete et dabo*, aún cuando fuese la mitad de su reino, obligando á ello su palabra real por medio de un juramento. Salomé, que éste era el nombre de la jóven, consulta á su madre (*Quid petam*) sobre el modo de aprovecharse de la estúpida generosidad del príncipe. « Tú pedirás, dijo Herodiades á su hija, una sola cosa, y es que te traigan la cabeza de Juan Bautista. » Mas ¿cómo se atreverá Salomé á pedir un precio tan horrible por sus gracias seductoras? ¿Es propio de la belleza y de la gracia pedir la muerte de la inocencia? Mas una jóven educada por una madre libertina es un instrumento muy propio de ódio, de venganza y de crueldad. Admi-

rado Heródes al ver salir una sentencia de muerte de la boca de una jóven llena de todas las gracias de la vida, retrocede, la tristeza le asalta y los remordimientos le acometen. Él quisiera retractarse de su juramento, pero no se atreve; el respeto humano le subyuga, y el temor de desagradar á Herodiades le arrastra. La voluptuosidad hace cometer crímenes que causan horror. Heródes cede, Herodiades triunfa.

¡Oh hija de una madre bárbara, más bárbara aún que la misma madre! ¡Entónçes se vió por primera vez á las gracias llevando en sus manos una cabeza cortada y vertiendo sangre, sin apartar la vista de este espectáculo, capaz de helar de espanto á un salvaje! Herodiades toma en sus manos impuras la cabeza venerable y sagrada del ángel del pudor, con los ojos cerrados por horror de su lujuria, y con la boca abierta, reprendiéndole aún con su elocuente silencio su criminal incesto; y, como afirma San Jerónimo, sacó de ella la lengua profética, y la atravesó con un gozo feroz, para castigarla por el celo con que aquella lengua le había predicado la verdad. ¡Cuántos crímenes en un solo crimen! ¿De dónde salió aquel monstruo de mujer? De las cavernas de la voluptuosidad.

Esta historia evangélica es también una figura que todos los días se realiza, y una profecía que diariamente se cumple. La mujer voluptuosa es feroz hasta la brutalidad. Ya hemos visto que, siendo madre, acaba por aborrecer á sus propios hijos y por cometer con una sangre fría el infanticidio, y en este supuesto, no es extraño que, siendo esposa, acabe también por odiar y por asesinar al hombre á quien ha hecho traición. Todas las estadísticas de los crímenes afirman que el número de las mujeres que asesinan á sus maridos es mayor que el de los hombres que asesinan á sus mujeres. La mujer libertina, dispuesta siempre á lavar sus manos en la sangre de lo que más ama una mujer en el mundo, lleva todavía más lejos su ódio y su crueldad para con su inocente rival, y después de haberle arrebatado el corazón de su esposo, no sosiega ni descansa hasta que consigue quitarle la vida. Así es que, sólo por agradaarla y satisfacer sus brutales exigencias, es por lo que el marido infiel sujeta á servicios de toda especie á su inocente compañera, atormenta, llena de injurias y colma de amargura y de dolor á la madre legítima de sus hijos, y muchas veces acaba por sacrificarla al objeto innoble de su pasión. Habiendo sucedido una

de los espantosos crímenes de este género, que hizo temblar de indignacion y de horror á toda una grande ciudad, nadie podia explicar cómo el marido, hombre bien educado, de un carácter pacífico y de un corazón caritativo, habia podido asesinar á puñaladas á su inocente esposa, que le adoraba. Pero se nos aseguró que la prostituta á quien aquel desventurado marido se habia entregado no cesaba de excitarle con las proposiciones más horribles contra la legítima compañera de su vida. En las cartas que ella le dirigia sólo llamaba á su rival el *infierno*. «¿Qué hace el infierno? le decía. ¿Vive todavía el infierno? ¿Permaneceremos siempre en el infierno?.....» Y por este mismo estilo la llenaba de injurias y de ultrajes. Pues bien; no es extraño que bajo el imperio de semejantes inspiraciones de todos los instantes, el hombre jumento flaquease y la mujer tigre triunfase.

La Historia está de acuerdo con decir que la mujer sin pudor, no sólo es incapaz de amor, sino que no conserva el más mínimo sentimiento de humanidad, y que es feroz en la misma proporcion que es desarreglada. Las mujeres más crueles del Imperio de Oriente fueron Teodora, esposa de Justiniano I, y Antonina, su dama de honor, esposa de Belisario. Estas horribles mujeres se entendian muy bien entre sí, y se prestaban un auxilio mutuo de astucia y de poder para hacer asesinar á ciudadanos nobles y aún al mismo papa San Silverio. Pero estos monstruos de crueldad eran tambien monstruos de lujuria. Teodora habia sido cómica y prostituta todo el tiempo de su juventud. Ella se habia presentado algunas veces en el teatro de Constantinopla en un estado de desnudez casi completo, entregándose á todos los que pasaban; de modo que las personas honestas evitaban su encuentro en las calles. Y cuando, prendado Justiniano de su belleza, quiso hacerla su esposa, con gran escándalo de todo el Imperio, reunió ella en torno suyo muchas de sus antiguas compañeras de desórdenes, y convirtió el palacio Real en un lugar de prostitucion. Antonina, hija de un cochero y de una prostituta de teatro, habia tenido la misma habilidad que su madre; hecha esposa de Belisario, le deshonoró con sus adulterios. Belisario la cogió un dia *infraganti*; sus domésticos, que le dieron otras pruebas, fueron entregados por su cobarde señor á la venganza de su mujer, que, despues de haberles hecho cortar la lengua, los hizo arrojar al mar.

Un historiador de Francia (Daniel) nos presenta á la célebre Fredegonda como la princesa más ambiciosa, más vengativa, más cruel y más digna del odio de todo el género humano, porque ella hizo asesinar á un rey, á dos reinas, á dos hijos de reyes, y al santo obispo Pretestato, é hizo perecer á una infinidad de señores y de jóvenes de distincion por medio del fuego ó del veneno. Mas este tigre, que tanto se complacia en la sangre, era tambien una mujer desenvuelta, que se entregaba á todo el mundo, al mismo tiempo que á Chilperico, á quien al fin hizo degollar, despues de haberle arrebatado á su legítima esposa por una intriga sacrílega.

En estos últimos tiempos las mujeres más tristemente célebres por su ferocidad y por su sed de sangre humana han sido Isabel de Inglaterra y Catalina II de Rusia. Isabel no se contentó con sacrificar por millones los católicos de Irlanda á su rabia contra el Catolicismo, sino que, como verdadera hija de Enrique VIII, que habia hecho cortar la cabeza á sus concubinas, ella tambien hizo cortar la cabeza á todos sus amantes. Pues bien, esta hiena se burlaba de la castidad tanto como de la vida de los hombres. Ella exigió que se grabase sobre su tumba el título de *Reina virgen*; pero si no tuvo ningun marido en público, tuvo, segun Lingar, hasta ocho en secreto. El protestante Gobbe nos refiere un hecho más extraordinario todavía y más escandaloso; ved aquí sus palabras: «En el año décimosexto de su reinado publicó Isabel una ley que aseguraba la corona á sus hijos naturales, cualquiera que fuera su padre. Un artículo de esta extraña ley declaraba reo de alta traicion á todo el que osase poner en duda que los bastardos podian heredar legítimamente la corona. Esta acta, que existe todavía en los libros de los Estatutos, es un monumento que atestigua hasta qué punto puede llevar el cinismo una mujer perdida y desarreglada; y yo me admiro de que una acta législativa tan infame y tan vergonzosa para una nacion se encuentre todavía confundida con las diversas leyes que componen el cuerpo de nuestro derecho civil y político.» (Lett. 9.)

Catalina II habia sucedido á otra Isabel en el trono de Rusia, en el que, con muy raras excepciones, las mujeres no han sido célebres más que por sus desórdenes, y en el que los hombres han heredado generalmente la corona por el derecho del envenenamiento ó del asesinato. Esta Isabel habia principiado su reinado

poniendo en prision al jóven príncipe reinante Ivan VI, con su madre, por rehusar todo marido oficial, para casarse secretamente con un granadero de la Guardia, y por tomar al mismo tiempo otros maridos suplementarios, sin perjuicio de otras personas á quienes se entregaba diariamente, despues de haber bebido con tanto exceso, que sus doncellas se veian obligadas á llevarla á la cama absolutamente ebria. Parece que no se podia ir más léjos en punto á libertinaje. Sin embargo, Catalina II, á quien Voltaire llamaba *su Santa Catalina y su diosa*, encontró el medio de señalarse aún todavía más en cuanto al cinismo de sus costumbres, y por añadidura se complacia en regar sus desórdenes con la sangre de todos los que no aprobaban su vida desarreglada y hacian sombra á su ambicion. Habiéndose casado con Pedro III, tuvo de él á Pablo, que fué despues Emperador; éste es el padre de Alejandro, de Constantino y de Nicolas, el Czar actual de la Rusia. Él fué extrangulado en 1801, sin que se supiese quién habia sido el autor de su muerte.

No pudiendo Pedro III sufrir las infidelidades de Catalina, quiso repudiarla y reconocer por su heredero al príncipe Ivan, destronado por Isabel y encerrado en un calabozo. Habiendo penetrado Catalina los designios de su esposo, puso en campaña los cortesanos á quienes ella se prostituia; una conspiracion estalló, que obligó á Pedro III á renunciar la corona, y proclamó á Catalina sola Emperatriz. Pocos dias despues Pedro III fué extrangulado por orden de su esposa, y más tarde tambien Ivan VI tuvo la misma suerte, y Catalina pudo continuar sin oposicion y sin temor sus desórdenes y sus asesinatos hasta su muerte. Tales han sido las mujeres, soberanos pontífices de la Rusia. En efecto, la mujer deshonesto ha sido y será siempre feroz; ella no comprenderá jamas el verdadero amor ni la verdadera abnegacion, á no ser el amor idólatra de sí misma y la abnegacion egoista para consigo misma. Así, pues, no hay abnegacion, no hay amor en la mujer en quien no habita la castidad.

§ III.—La castidad es tambien para la mujer la condicion *sine qua non* de su amor y de su celo por la verdadera religion.—La mujer irlandesa.—La virginidad de la fe depende de la virginidad del corazon.—La mujer pura es la guarda fiel de la Iglesia, y cómo debe ella consagrarse á la Iglesia.—Conclusion.

Añadamos tambien que la mujer que no se respeta lo bastante en cuanto á las costumbres, acaba por perder tambien la fe, y que su cinismo en materia de religion sigue muy de cerca á su cinismo en materia de conducta. Ya hemos visto en el discurso de esta obra que todas las herejias y todos los errores se han establecido en el mundo con la ayuda de la corrupcion de las mujeres. Diariamente estamos viendo que las mujeres incrédulas, las mujeres filósofas, son todas mujeres sin costumbres, que no se mofan de las creencias y de las prácticas religiosas sino despues de haberse burlado de todas las leyes de la honestidad, y que no renuncian de todo punto á la fe sino despues de haber renunciado de todo punto al pudor.

Hemos visto tambien que, así como la mujer corrompida es la que ha hecho siempre y en todas partes la guerra á las doctrinas católicas, por el contrario, la mujer virgen es la que las ha salvado y defendido siempre y en todas partes. Hemos admirado en particular la constancia del celo de la mujer irlandesa para la defensa de la fe católica, aún en nuestros mismos dias. Pero esto consiste en que la mujer irlandesa del siglo XIX ha conservado siempre la misma pureza y la misma severidad de costumbres de la mujer irlandesa del siglo XVI. Una señora de ese heroico país, atribuyendo á una causa natural lo que sólo es efecto de las costumbres católicas, profundamente arraigadas en ese pueblo, nos decia últimamente: «La castidad nos es tan natural, que no tenemos mérito alguno en ser castas. Por otra parte, nosotras no tenemos tentaciones: los hombres nos respetan y no tratan de seducirnos.» Esto es muy natural, supuesto que su extremada reserva no deja ninguna esperanza á la seducccion, porque la mujer no es seducida sino cuando ella quiere serlo. Su ligereza es quien anima al libertinaje y le pone asechanzas. En la guerra sólo se ataca á las plazas que tienen un punto débil, y del que se cree poderse apoderar.

En Irlanda casi no hay mujeres públicas, y aún las pocas que hay son casi todas extranjeras ó protestantes. Y sin embargo, el